

Limpiarse antes de ...

Lo sucedido en un mediático partido de fútbol y las declaraciones previas de un gran jugador nos deben llamar a la reflexión. ¿Cuántas veces somos capaces de hacer afirmaciones temerarias, motivados por un entusiasmo excesivo y una soberbia irracional? Luego del resultado obtenido que, en deporte, es solo una derrota, cuando han sido vaticinados desde un “púlpito” se constituyen en humillación. El personaje queda en ridículo y objeto de los infaltables memes que el ingenio produce.

Con ocasión de esta pandemia hemos visto numerosos casos similares. Los más mediáticos son Trump, Bolsonaro, Andrés López al desmerecer sus efectos, exponiendo a su población a un daño irreparable en pérdida de vidas humanas y de desgaste del personal de salud en la atención de los millones de afectados que copan los servicios médicos. Sus posiciones son imperdonables y lo que quede de historia los recordará como los líderes nefastos de nuestra sociedad actual.

A nivel nacional también hemos visto un concierto de errores comunicacionales y de operación que han obligado a recular en la toma de decisiones para el bien de la comunidad. Lo vimos en el proceso de suspensión de clases, en las duras medidas adoptadas por la seremi de salud en el aeropuerto de Santiago que costó su salida y en la torpe tozudez de la autoridad frente a la solicitud de los alcaldes de las comunas más populosas del país. Nos caigan bien o mal los que las emitieron y adoptaron o dejaron de adoptar, la pérdida de tiempo llevó a agravamientos que no dicen relación con una copa deportiva, sino en la angustia, dolor y muerte de muchos conciudadanos.

Aún hoy se insiste en analizar la vuelta a clases de los estudiantes pensando únicamente en metas sectoriales de niños que deben cumplir con notas. Hay una necesidad imperiosa de que a final de año los alumnos pasen de curso y parece que da exactamente lo mismo la calidad de la educación que hayan recibido para esas necesarias promociones. Parece ultranecesario que los alumnos abandonen el proceso escolar lo antes posible y que da lo mismo la calidad y profundidad de su aprendizaje y conocimientos. Aquí hay un sesgo de posibilidad que no todos tienen y millones quedarán en desigualdad. ¿Qué tanto perder un año? ¿A quién le afecta?

El enorme trabajo que están realizando profesores, alumnos y los padres desde sus casas es imposible de medir y seguramente será objeto de estudios y tesis cuando haya tiempo para hacerlo. Nadie sabe la profundidad del daño u oportunidad de crecimiento que cada alumno haya logrado con este sistema y dependerá de la singularidad de cada uno, de la potencia de sus maestros y de la paciencia y control que sobre los niños puedan tener los padres. El trabajo individual debe llevar al convencimiento de las potencialidades que cada estudiante tiene y del deseo de superación y proyección que pueda incubar. Ya no estará el sistema competitivo de tener un compañero de similar condición al lado que le incentivaba a mejorar rendimientos.

Hoy estamos en la antesala de una generación nueva y diferente a la nuestra y todo el proceso educativo y social deberá readecuarse a la realidad del momento en que se les permita volver a clases de manera segura y eso está aún muy lejos en el tiempo. Aunque declaren que la pandemia está vencida y decidan lo que decidan, serán los padres y los profesores que optarán para hacer caso o no. Mientras todo esté detenido, no se pueden hacer menciones precipitadas y mucho menos peyorativas sobre los actores que participan del proceso educativo.